

sistía en una mera progresión de puntos de vista primitivos a otros que lo son menos. Como vemos, el dictamen de los «186 destacados científicos» se basa en una antropología antediluviana, en la ignorancia de los resultados más recientes en sus propios campos (astronomía, biología, así como la conexión entre ambos) y en su incapacidad para percibir las implicaciones de aquellos resultados que sí conocen. Ello demuestra hasta qué punto están dispuestos los científicos a mantener su autoridad incluso en campos de los que no tienen el menor conocimiento.

Hay muchos errores de menor envergadura. Se dice que «la astrología sufrió un grave golpe de muerte» cuando Copérnico reemplazó el sistema tolemaico. Obsérvese el maravilloso lenguaje: ¿cree el docto autor que existen «golpes de muerte» que no sean «graves»? Por lo que respecta al contenido, únicamente cabe decir que lo cierto es precisamente todo lo contrario. Kepler, uno de los principales copernicanos, utilizó los nuevos descubrimientos para perfeccionar la astrología, halló nuevos testimonios en su favor y la defendió frente a los adversarios²³. Se critica la afirmación de que los astros predisponen pero no constriñen, olvidando que la moderna teoría de la herencia (pongamos por caso) apela constantemente a las predisposiciones. Algunas afirmaciones específicas que forman parte de la astrología son criticadas trayendo a colación testimonios contrarios; no obstante, toda teoría mínimamente interesante está siempre en conflicto con numerosos resultados experimentales. En esto la astrología se asemeja a programas de investigación científica enormemente respetados. Hay una cita un poco larga de una declaración hecha por psicólogos, la cual dice así: «Los psicólogos no hallamos ninguna prueba de que la astrología tenga valor alguno como índice de las inclinaciones pasadas, presentes y futuras de la vida de una persona...». Considerando que los astrónomos y los biólogos no han encontrado ninguna prueba *que haya sido publicada y que corresponda a sus propios campos de investigación*, esto difícilmente puede tomarse como un argumento. «Al ofrecer al público el horóscopo como sustituto de un pensamiento honesto y fundamentado, los astrólogos son culpables de haber explotado la propensión humana a tirar por el camino más fácil»; pero, ¿qué hay del psicoanálisis,

²³ Véase Norbert Herz, *Keplers Astrologie*, Viena, 1895, así como los pasajes relevantes de las obras completas de Kepler. Kepler se opone a la astrología tropical y se queda con la astrología sideral, aunque sólo para fenómenos de masas como es el caso de guerras, plagas, etc.

qué hay de la confianza en *tests* psicológicos que desde hace tiempo se han convertido en sustitutos de un «pensamiento honesto y fundamentado» en la valoración de personas de todas las edades?²⁴ Y, por lo que respecta al origen mágico de la astrología, basta con decir que la ciencia estuvo en otro tiempo estrechamente ligada a la magia y debería ser rechazada si es que se ha de rechazar la astrología sobre esta base.

No deberían interpretarse estas puntualizaciones como un intento de defender la astrología *tal y como la practican en la actualidad* la inmensa mayoría de los astrólogos. La astrología moderna se parece en muchos aspectos a la primitiva astronomía medieval: heredó ideas interesantes y profundas, pero las distorsionó y las reemplazó por caricaturas que se acomodaban mejor a la limitada comprensión de quienes la practicaban²⁵. Las caricaturas no se utilizan en la investigación; no se intenta en absoluto pasar a nuevos dominios y aumentar nuestro conocimiento de las influencias extraterrestres; funcionan sencillamente como un depósito de reglas y frases ingenuas aptas para impresionar al ignorante. Pero no es ésta la objeción que nuestros científicos hacen. No es el aspecto de estancamiento que ha llegado a oscurecer los supuestos básicos de la astrología lo que ellos atacan, sino que atacan estos mismos supuestos, proceso en el que sus propias disciplinas son convertidas en caricaturas. Es interesante ver cuán cerca están una y otra parte en lo que respecta a su ignorancia, a su fatuidad y su deseo de lograr un fácil poder sobre las mentes²⁶.

7. EL HOMBRE DE LA CALLE PUEDE Y DEBE SUPERVISAR LA CIENCIA

Estos ejemplos —no del todo atípicos²⁷— demuestran que sería no sólo disparatado, *sino claramente irresponsable*, aceptar el dictamen de los científicos y de los médicos sin ningún otro análisis. Si el asunto es importante, ya sea para un pequeño grupo o para la sociedad en su conjunto, *entonces este dictamen debe someterse al examen más concienzudo*. Comisiones de no especialistas debidamente ele-

²⁴ La objeción de la libre voluntad no es nueva; la enarbolaron los Padres de la Iglesia. Igual sucede con la objeción gemela.

²⁵ Sobre la astrología, puede verse *TCM*, p. 86n.

²⁶ Véase *TCM*, p. 198n.

²⁷ En *TCM* se dan más ejemplos.

gidos deben examinar si la teoría de la evolución está realmente tan bien establecida como los biólogos nos quieren hacer creer, si la cuestión queda zanjada en caso de estarlo y si debería sustituir en la escuela a otros puntos de vista. Deben analizar caso por caso la seguridad de los reactores nucleares y tener acceso a *toda* la información de interés. Deben examinar si la medicina científica es merecedora de la exclusiva de la autoridad teórica, del acceso a los fondos y de los privilegios de mutilación de los que actualmente disfruta o si, por el contrario, los métodos curativos no científicos resultan con frecuencia superiores. Deben también fomentar las comparaciones pertinentes: quienes prefieran las tradiciones de la medicina tribal deben revivirlas y practicarlas puesto que, por un lado, éste es su deseo y, por otro, así obtenemos información sobre la eficacia de la ciencia (véanse *infra* las observaciones de la sección 9). Las comisiones deben examinar también si los *tests* psicológicos evalúan adecuadamente las mentes de las personas, deben entrar en el problema de las reformas penitenciarias, etc., etc. En todos los casos la última palabra no corresponderá a los expertos, sino a los más directos interesados ²⁸.

²⁸ Se debe supervisar a los científicos, los educadores y los médicos cuando ocupan un cargo *público*, pero también se les debe vigilar con la mayor atención cuando se les requiere para que resuelvan *los problemas de un individuo* o de una familia. Todo el mundo sabe que no siempre se puede confiar en los fontaneros, los carpinteros y los electricistas y que más vale estar pendiente de ellos. Se empieza por comparar diferentes empresas, se elige la que hace mejores sugerencias y se supervisa cada uno de los pasos de su trabajo. Lo mismo puede decirse de las llamadas profesiones «superiores»: el individuo que contrata a un abogado, consulta a un meteorólogo o pide un informe sobre su casa, no puede dar todo por sentado si no quiere encontrarse con una cuantiosa factura y con problemas aún mayores que aquéllos que esperaba que el experto le solucionara. Todo esto es algo bien sabido. Pero todavía hay profesiones que parecen estar fuera de toda duda. Son muchos los que confían en un médico o en un educador como antaño hubieran confiado en un sacerdote. Sin embargo, los médicos se equivocan en sus diagnósticos, prescriben medicamentos nocivos, cortan, someten a rayos X, mutilan a la menor provocación, porque son incompetentes, porque no tienen cuidado y sin embargo han logrado hasta el momento librarse de la acusación de asesinato porque la ideología básica de la profesión médica que se formó a raíz de la revolución científica sólo puede abarcar determinados aspectos del organismo humano y no obstante sigue tratando de cubrir su totalidad mediante el mismo método. De hecho, el escándalo de los tratamientos equivocados ha llegado a ser tal que los propios médicos aconsejan ahora a sus pacientes que no se

Que la gente corriente puede descubrir los errores de los especialistas siempre que estén dispuestos a «trabajar duro» es el supuesto básico de todo juicio con jurado. La ley exige que el testimonio de los expertos sea comprobado y sometido al dictamen de un jurado. Al imponer este requisito se reconoce que los expertos son humanos después de todo, que cometen errores aun dentro de su propia especialidad, que tratan de disimular cualquier fuente de incertidumbre que pudiera menoscabar la credibilidad de sus ideas y que su pericia no es tan inaccesible como suelen dar a entender. Y se reconoce también que un profano puede adquirir el conocimiento necesario para comprender sus procedimientos y detectar sus equivocaciones, suposición que resulta confirmada una y otra vez. Eruditos engraidos y amedrentados, cubiertos de títulos honoríficos, cátedras universitarias y presidencias de sociedades científicas, son derrotados por un abogado con talento suficiente para examinar la más impresionante jerga y poner al descubierto la incertidumbre, la vaguedad y la monumental ignorancia que se esconde tras la más deslumbrante ostentación de omnisciencia: *la ciencia no está fuera del alcance de las luces naturales de la raza humana*. Lo que propongo es que se apliquen estas luces a cuantas importantes cuestiones sociales están ahora en manos de los expertos.

conformen con un único diagnóstico y husmeen y supervisen su tratamiento. Por supuesto, los segundos dictámenes no han de quedar circunscritos a la profesión médica, ya que el problema pudiera no radicar en la incompetencia de un médico o grupo de médicos, sino en la *incompetencia de la medicina científica en su conjunto*. Así pues, todo paciente debe ser el supervisor de su tratamiento, de la misma manera que a todo grupo de personas y a toda tradición se les debe permitir juzgar los proyectos que el gobierno quiere llevar a la práctica y rechazar todos aquellos que no consideren pertinentes.

La situación es aún peor en el caso de los educadores. Mientras que es posible determinar si un tratamiento *físico* ha tenido éxito o no, carecemos de medios para determinar el éxito de un tratamiento mental, el éxito de la llamada educación. Pueden evaluarse la lectura, la escritura, la aritmética y el conocimiento de hechos básicos. Pero, ¿qué podemos decir de un adoctrinamiento que convierta a la gente en existencialistas de segunda mano o en filósofos de la ciencia? ¿Qué podemos decir de las estupideces que propagan nuestros sociólogos y de las atrocidades que nuestros artistas consideran «obras maestras»? Pueden colar impunemente sus ideas, a menos que los discípulos comiencen a controlar a sus maestros como los pacientes han comenzado a controlar a sus médicos: en todos los casos el consejo es *utilizar a los expertos*, pero *sin creerles jamás* y —desde luego— *sin fiarse de ellos* por completo.

8. LOS ARGUMENTOS DE LA METODOLOGIA NO PRUEBAN LA EXCELENCIA DE LA CIENCIA

Las consideraciones hechas hasta ahora podrían ser criticables admitiendo que la ciencia —que es un producto de los esfuerzos del hombre— tiene sus fallos, pero añadiendo que no deja de ser *mejor* que las demás formas de obtener conocimientos. La ciencia es superior por dos razones: utiliza el *método* adecuado para conseguir resultados y existen múltiples *resultados* que prueban la excelencia de dicho método. Analicemos con más detenimiento estas razones.

La respuesta a la primera razón es sencilla: no hay ningún «método científico», no hay ningún único procedimiento o conjunto de reglas que sea fundamental en toda investigación y garantice que es «científica» y, por consiguiente, digna de crédito. Todo proyecto, teoría o procedimiento ha de ser juzgado por sus propios méritos y de acuerdo con criterios que se adecuen al proceso en cuestión. La idea de un método universal y estable que sea medida inmutable de adecuación, así como la idea de una *racionalidad* universal y estable, son tan fantásticas como la idea de un instrumento de medición universal y estable que mida cualquier magnitud al margen de las circunstancias. Los científicos revisan sus normas, sus procedimientos y sus criterios de racionalidad cuando penetran en nuevos campos de investigación del mismo modo que revisan y tal vez sustituyen totalmente sus teorías y sus instrumentos cuando penetran en nuevos campos de investigación. El argumento principal con que cuenta esta respuesta es de carácter histórico: no existe ninguna regla, por plausible que sea y por bien fundada que esté en la lógica y la filosofía general, que no haya sido violada en una u otra ocasión. Tales violaciones no son sucesos accidentales ni resultados perfectamente evitables de la ignorancia y la distracción. Dadas las circunstancias en que tuvieron lugar, fueron necesarias para el progreso o para cualquier otra cosa que pudiera considerarse deseable. De hecho, uno de los rasgos más sorprendentes de los recientes estudios de historia y filosofía de la ciencia es la toma de conciencia de que fenómenos tales como la invención del atomismo en la antigüedad, la revolución copernicana, el nacimiento del atomismo moderno (Dalton, la teoría cinética, la teoría de la dispersión, la esteoquímica, la teoría cuántica) o la progresiva aparición de la teoría ondulatoria de la luz únicamente pudieron ocurrir porque algunos

pensadores *decidieron* no respetar ciertas reglas «obvias» o porque las *transgredieron involuntariamente*. A la inversa, se puede demostrar que la mayor parte de las reglas que en la actualidad los científicos y los filósofos de la ciencia consideran piezas de un «método científico» uniforme son inútiles —no producen los resultados que debieran— o empobrecedoras. Es posible, claro está, que algún día descubramos una regla que nos ayude en todas las dificultades, como también es posible que algún día descubramos una teoría que lo explique todo en nuestro mundo. Tal cosa no es probable —casi podría uno atreverse a decir que es lógicamente imposible—, pero no deseo excluir por el momento esta posibilidad. El hecho es que ese proceso *no ha comenzado todavía: hoy por hoy* tenemos que hacer ciencia sin poder confiar en ningún «método científico» bien definido y estable.

Las puntualizaciones precedentes no significan que la investigación sea arbitraria y carezca de toda guía. Existen criterios, pero derivan del propio proceso de investigación y no de concepciones abstractas de la racionalidad. Se requiere habilidad, tacto y conocimiento de los detalles para llegar a juzgar con conocimiento de causa los criterios existentes y para inventar otros nuevos, de la misma manera que se requiere habilidad, tacto y conocimiento de los detalles para poder juzgar con conocimiento de causa las teorías existentes y para inventar otras nuevas. En la sección 3 de la primera parte y en la sección 3 del capítulo 4 de la tercera parte se dan más detalles.

Algunos autores están de acuerdo con lo dicho hasta ahora, pero no obstante siguen dando a la ciencia un trato especial. Polanyi, Kuhn y otros se oponen a la idea de que la ciencia debe regirse por criterios externos e insisten como yo en que los criterios se desarrollan y examinan a la luz del proceso de investigación que supuestamente han de juzgar. Este proceso —dicen— es un mecanismo extremadamente delicado. Tiene su propia Razón y determina su propia Racionalidad. Por lo tanto —añaden—, se le ha de dejar tal y como está. Los científicos sólo tendrán éxito si se orientan por entero hacia la investigación, si se les permite ocuparse únicamente de aquellos problemas que consideren importantes y emplear únicamente aquellos procedimientos que les parezcan efectivos.

No es posible mantener esta ingeniosa defensa del apoyo económico sin las consiguientes obligaciones. Para empezar, la investigación no siempre tiene éxito y a menudo produce monstruos. Los

pequeños errores en ámbitos restringidos se pueden quizás corregir desde el interior; los errores de conjunto que afectan a la «ideología básica» del campo sólo pueden ser detectados —y lo han sido a menudo— por intrusos y científicos con una trayectoria personal insólita. Al hacer uso de nuevas ideas, estos intrusos corrigieron los errores y de este modo modificaron sustancialmente la investigación. Ahora bien, lo que se considera o no un error depende de la tradición desde la que se juzga: para una tradición analítica (en medicina, pongamos por caso), lo importante es descubrir elementos básicos y mostrar cómo a partir de ellos se puede construir todo. El hecho de que no se produzca un éxito inmediato es un indicio de la complejidad del problema y de la necesidad de perseverar en una investigación eficaz *del mismo tipo*. Para una tradición holista, lo importante es descubrir conexiones a gran escala. El hecho de que en la tradición analítica no se produzca un éxito inmediato es ahora un indicio de su insuficiencia (parcial) y se hace preciso sugerir nuevas estrategias de investigación (ésta es, dicho sea de paso, la situación en la que poco más o menos se encuentran ciertas partes de la investigación sobre el cáncer). Al principio las sugerencias se verán como una interferencia indeseada, del mismo modo que los físicos aristotélicos de los siglos XVI y XVII consideraron que la combinación de argumentos astronómicos y físicos era una interferencia indeseada. Y esto nos lleva a otra crítica a la concepción de Kuhn y Polanyi, ésta supone que las distinciones y separaciones implícitas en un determinado período histórico son incuestionables y deben ser mantenidas. Pero a menudo confluyeron programas de investigación diferentes o se subsumió uno en el otro, produciéndose como consecuencia un cambio de competencias. No hay razón alguna por la que el programa de investigación *ciencia* no pueda ser subsumido en el programa de investigación *sociedad libre* y las competencias modificadas y redefinidas como corresponde. Tal cambio es necesario —sin él jamás se agotarán las posibilidades de la libertad— y no hay nada inherente a la ciencia (excepto el deseo de los científicos de vivir su vida a expensas de los demás) que lo prohíba; muchos desarrollos científicos, si bien a menor escala, han sido exactamente del mismo tipo y, además, hace mucho tiempo que el *negocio* de la ciencia —que vive de la sociedad y refuerza sus tendencias totalitarias— ha ocupado el lugar de una ciencia independiente. Esto basta para despachar la objeción de Kuhn y Polanyi.

9. LA CIENCIA TAMPOCO ES PREFERIBLE POR SUS RESULTADOS

De acuerdo con la segunda razón, la ciencia merece una posición especial por sus *resultados*.

Esto solamente constituye un argumento si se puede demostrar: *a)* que jamás otra concepción ha producido nada comparable; *b)* que los resultados de la ciencia son autónomos y no deben nada a agentes no científicos. Ninguno de estos dos supuestos resiste un análisis detallado.

Es cierto que la ciencia ha hecho prodigiosas contribuciones a nuestro conocimiento del mundo y que este conocimiento ha llevado a realizaciones prácticas aún más prodigiosas. También es verdad que casi todos los rivales de la ciencia han desaparecido o han cambiado de tal forma que no están ya en conflicto con ésta (ni se da, por consiguiente, la posibilidad de que sus resultados difieran de los resultados de la ciencia): las religiones se han «desmitologizado» con el propósito explícito de resultar aceptables en una época científica y los mitos se han «interpretado» de manera que desaparezcan sus implicaciones ontológicas. Algunas de las características de este proceso no son en modo alguno sorprendentes. Aun en el caso de una competencia leal suele haber una ideología que cosecha éxitos y supera sus adversarios. Esto no significa que los adversarios derrotados carezcan de méritos ni que hayan dejado de ser capaces de hacer alguna aportación a nuestro conocimiento; significa únicamente que por el momento se han quedado sin aliento. Pueden volver y derrotar a quienes les vencieron. La filosofía atomista es un ejemplo excelente. Se introdujo (en Occidente) en la antigüedad con el objetivo de «salvar» macrofenómenos como el fenómeno del movimiento. Fue superada por la filosofía de los aristotélicos (mucho más sofisticada desde el punto de vista dinámico), volvió a imponerse con la revolución científica, se vio rechazada a raíz del desarrollo de las teorías de la continuidad, de nuevo saltó a la palestra a finales del siglo XIX y otra vez se vio restringida por la complementariedad. Tómese si no la idea del movimiento terrestre. Apareció en la antigüedad, siendo derrotada por los poderosos argumentos de los aristotélicos y considerada por Tolomeo como una opinión «increíblemente ridícula», lo cual no impidió su triunfal rehabilitación en el siglo XVII. Y lo que vale para las teorías también vale para los métodos: el conocimiento se basaba en la especulación y en la lógica hasta que

Aristóteles introdujo un procedimiento más empírico, que fue sustituido por los métodos más matemáticos de Descartes y Galileo, los cuales acabaron por combinarse con un empirismo absolutamente radical de la mano de los miembros de la escuela de Copenhague. La lección a extraer de este esbozo histórico es que el revés ocasional que pueda sufrir una ideología (que no es más que un puñado de teorías en combinación con un método y un punto de vista filosófico más general) no ha de tomarse como una razón para eliminarla.

Sin embargo, esto fue precisamente lo que les sucedió a las viejas formas de ciencia y a los puntos de vista no científicos tras la revolución científica: fueron eliminados primero de la propia ciencia y luego de la sociedad; hasta llegar a la actual situación en que tanto el prejuicio general en favor de la ciencia como los medios institucionales ponen en peligro su supervivencia: como hemos visto, la ciencia se ha convertido en un elemento de la estructura básica de la democracia. En tales circunstancias, ¿resulta sorprendente que la ciencia sea la única soberana y la única ideología que produzca resultados valiosos? Es la única soberana porque algunos éxitos pasados han dado lugar a medidas institucionales (educación, papel de los expertos, papel de grupos de poder como la American Medical Association) que impiden un posible restablecimiento de sus rivales. Dicho someramente, aunque no por ello incorrectamente: *la hegemonía actual de la ciencia no se debe a sus méritos, sino al tinglado que se ha montado a su favor.*

En este montaje está involucrado otro elemento que no debemos olvidar. Ya dije antes que las ideologías pueden sucumbir aun en el caso de competencia leal. En los siglos xvi y xvii se dio una competencia (más o menos) leal entre la ciencia y la filosofía occidentales antiguas y la nueva filosofía científica; jamás hubo una competencia limpia entre este conjunto de ideas y los mitos, las religiones y los procedimientos de las sociedades no occidentales. Estos mitos, estas religiones y estos procedimientos desaparecieron o se deterioraron no porque la ciencia fuese mejor, sino porque *los apóstoles de la ciencia eran los conquistadores más decididos* y porque *suprimieron materialmente* a los portadores de las culturas alternativas. No hubo ninguna investigación. No hubo ninguna comparación «objetiva» de métodos y resultados. Hubo colonización y supresión de los puntos de vista de las tribus y naciones colonizadas. Estos puntos de vista fueron sustituidos primero por la religión del amor fraterno y después por la religión de la ciencia. Unos pocos científicos estu-

diaron las ideologías tribales, pero —al estar llenos de prejuicios e insuficientemente preparados— fueron incapaces de encontrar prueba alguna de superioridad o, cuanto menos, de igualdad (y, en caso de haberla descubierto, no la habrían reconocido como tal). De nuevo vemos cómo la superioridad de la ciencia no es el resultado de la investigación ni de los argumentos, sino de presiones políticas, institucionales e incluso militares.

Para ver lo que sucede cuando se eliminan estas presiones o se utilizan contra la ciencia basta con echar un vistazo a la historia de la medicina tradicional en China.

China fue uno de los pocos países que escapó al dominio intelectual ejercido por Occidente hasta el siglo xix. A comienzos del siglo xx una nueva generación, cansada de las viejas tradiciones y de las restricciones que éstas conllevaban, a la vez que fascinada por la superioridad material e intelectual de Occidente, importó la ciencia. La ciencia no tardó en dejar de lado todos los elementos tradicionales. La medicina herbaria, la acupuntura, la moxibustión, la dualidad *yin/yang*, la teoría de los *chi*, fueron ridiculizadas y eliminadas de las escuelas y los hospitales. Se consideró a la medicina occidental como el único procedimiento sensato, actitud en la que se persistió hasta aproximadamente 1954. Entonces el partido, advirtiendo la necesidad de una supervisión política de los científicos, ordenó la vuelta de la medicina tradicional a los hospitales y las universidades. Esta orden restauró la libre competencia entre la ciencia y la medicina tradicional. Se descubrió entonces que ésta última disponía de métodos de diagnóstico y terapia superiores a los de la medicina científica occidental. Quienes procedieron a comparar las medicinas tribales con la ciencia hicieron descubrimientos similares. La lección que podemos extraer es que *las ideologías, prácticas, teorías y tradiciones no científicas pueden convertirse en poderosos rivales de la ciencia y revelar las principales deficiencias de ésta si se les da la posibilidad de entablar una competencia leal.* Darles esta oportunidad es tarea de las instituciones en una sociedad libre²⁹. Sea como fuere, la excelencia de la ciencia únicamente se

²⁹ En los siglos xv, xvi y xvii los artesanos pusieron de relieve el conflicto entre su conocimiento concreto y el conocimiento abstracto de las escuelas. «Mediante la práctica», escribe Bernard Palisay (citado por P. Rossi, *Philosophy, technology and the arts in the early modern era*, Nueva York, 1970, p. 2 [Los filósofos y las máquinas (1400-1700), Barcelona, Labor, 1966]; la obra incluye muchas otras citas parecidas, así como un profundo análisis

puede afirmar *luego de haber procedido a numerosas comparaciones con puntos de vista alternativos.*

Las investigaciones más recientes en antropología, arqueología (y especialmente en el próspero campo de la arqueoastronomía³⁰), historia de la ciencia y parapsicología³¹ han demostrado que nuestros antepasados y los «primitivos» contemporáneos poseían cosmologías, teorías médicas y doctrinas biológicas enormemente desarrolladas, que con frecuencia son más satisfactorias y producen mejores resultados que sus competidores occidentales³², al tiempo que describen

de la situación en la que surgen), «demuestro que las teorías de muchos filósofos, aun de los más antiguos y renombrados, son falsas en muchos aspectos». Mediante la práctica demostró Paracelso que los conocimientos médicos de los herbolarios, médicos rurales y hechiceros eran superiores a los de la medicina científica de la época. Mediante la práctica refutaron los navegantes las ideas cosmológicas y climatológicas de las escuelas. Es interesante observar que la situación no ha cambiado mucho. «Mediante la práctica» los acupunturistas y los herbolarios demuestran que pueden diagnosticar y curar enfermedades cuyos efectos la medicina científica conoce, pero no comprende ni cura. «Mediante la práctica» Thor Heyerdahl refutó las opiniones científicas acerca de las posibilidades de navegación de las embarcaciones (véase *The Ra expeditions*, Nueva York, 1972, pp. 120, 155, 156, 122, 175, 261, 307, etc. [*Las expediciones Ra*, Barcelona, Editorial Juventud, 1954]). «Mediante la práctica» los *medium* producían efectos que no encajaban en la concepción científica del mundo y fueron ridiculizados hasta que algunos científicos audaces procedieron a investigarlos y demostraron su realidad. [Hasta organizaciones científicas tan rigurosas como la American Association for the Advancement of Science los toman ahora en serio y los reconocen institucionalmente (dando cabida a organizaciones dedicadas al estudio de los fenómenos parapsicológicos)]. El nacimiento de la ciencia moderna no ha eliminado la tensión entre la práctica extracientífica y la opinión académica: tan sólo le ha dado un contenido diferente. La opinión académica no es ya la de Aristóteles; ni siquiera se restringe a un autor determinado: está constituida por un conjunto de doctrinas, métodos y procedimientos experimentales que pretende poseer el único método seguro para hallar la verdad (pretensión que, como continuamente se ha demostrado, es falsa, aunque los procedimientos de ocultación a los que se ha hecho ya referencia dificultan el descubrimiento de los fallos fundamentales).

³⁰ Para este campo y otros conexos, véase R. R. Hodson (comp.), *The place of astronomy in the ancient world*, Oxford, 1974.

³¹ Puede encontrarse una exposición en E. Mitchell, *op. cit.*

³² Véase el material recogido por Lévi-Strauss en los capítulos 1 y 2 de *El pensamiento salvaje*. Los médicos que trabajan con curanderos tribales han expresado muchas veces su admiración por la tolerancia y conocimiento de éstos, así como por su facilidad para comprender nuevos métodos curativos (rayos X, por ejemplo).

fenómenos inaccesibles para un enfoque «objetivo» de laboratorio³³. Tampoco sorprende descubrir que el hombre primitivo tenía concepciones dignas de toda consideración. El hombre de la Edad de Piedra era ya el *homo sapiens* plenamente desarrollado y se enfrentó a inmensos problemas que resolvió con gran ingenio. A la ciencia siempre se la ha elogiado por sus realizaciones. No olvidemos, pues, que fueron los inventores del mito quienes inventaron el fuego y las formas de conservarlo. Domesticaron animales, cultivaron nuevos tipos de plantas y las mantuvieron como tipos distintos más allá de lo que en la actualidad puede hacer la agricultura científica³⁴. Inventaron la rotación de cultivos y desarrollaron un arte que puede compararse con las mejores creaciones del hombre occidental. Al no estar lastrados por la especialización, descubrieron conexiones a gran escala entre los hombres y entre el hombre y la naturaleza, confiando en ellas para mejorar su ciencia y sus sociedades: la mejor filosofía ecológica se encuentra en la Edad de Piedra. Cruzaron los océanos en embarcaciones mejor dotadas para la navegación que las actuales de proporciones similares y demostraron un conocimiento de la navegación y de las propiedades de los materiales que, aunque en conflicto con las ideas científicas, resulta correcto en la práctica³⁵. Eran conscientes del papel del cambio y sus leyes fundamentales lo tuvieron en cuenta. Sólo muy recientemente ha vuelto la ciencia a la concepción del cambio que se tenía en la Edad de Piedra, poniendo así fin a una larga y dogmática insistencia en las «leyes eternas de la naturaleza» que se inició con el «racionalismo» de los presocráticos y culminó a finales del siglo pasado. Además, no se trató de descubrimientos instintivos, sino que fueron el resultado de la reflexión y la especulación. «Hay numerosos datos que sugieren que los cazadores-recolectores no sólo disponen de suficientes reservas de alimentos, sino también que realmente tienen mucho más tiempo libre que los modernos trabajadores industriales o agrarios e incluso más que los profesores de arqueología». Era una gran ocasión para el «pensamiento puro»³⁶. No conviene obstinarse en creer que los

³³ Véase el capítulo 4 de TCM.

³⁴ E. Anderson, *Plants, man and life*, Londres, 1954.

³⁵ Véanse las obras de Thor Heyerdahl *Kon Tiki* y *The Ra expeditions*, y en especial las pp. 120, 122, 153, 132, 175, 206, 218, ss., y 259 de esta última, acerca de la navegabilidad del papiro y de la adecuada construcción de las balsas.

³⁶ L. R. Binford y S. R. Binford, *New perspectives in Archaeology*, Chicago, 1968, p. 328. Véase asimismo la obra de Marshall Sahlins.

descubrimientos de la Edad de Piedra se debieron a un uso instintivo del método científico adecuado. Si así hubiera sido y si hubieran conducido a resultados correctos, ¿por qué entonces han llegado los científicos posteriores a conclusiones tan distintas? Por lo demás, ya hemos visto que no existe ningún «método científico». Así pues, si a la ciencia se la elogia por sus realizaciones, habría entonces que elogiar cien veces más al mito puesto que *sus* realizaciones fueron incomparablemente mayores. Los inventores del mito *inauguraron* la cultura mientras que los racionalistas y los científicos sólo la *cambiaron* y no siempre para bien ³⁷.

La suposición *b*) puede refutarse con idéntica facilidad: no hay una sola idea científica de cierta importancia que no haya sido robada de alguna parte. La revolución copernicana constituye un magnífico ejemplo. ¿De dónde sacó Copérnico sus ideas? De las autoridades de la antigüedad, como él mismo dice. ¿Quiénes son las autoridades que desempeñaron este papel en su pensamiento? Entre otros, Filolao, que era un pitagórico de ideas poco claras. ¿Cómo logró Copérnico hacer de las ideas de Filolao parte de la astronomía de su época? Violando las reglas metodológicas razonables. «Mi asombro no tiene límites», escribe Galileo ³⁸, «cuando pienso que Aristarco y Copérnico fueron capaces de hacer que la razón triunfara sobre los sentidos de tal modo que se convirtió en dueña de sus creencias». «Sentidos» se refiere aquí a la experiencia que Aristóteles y otros habían utilizado para demostrar que la Tierra está en reposo. La «razón» que Copérnico opone a dichos argumentos es la muy mística razón de Filolao (y de los hermetistas) combinada con una fe igualmente mística en el carácter privilegiado del movimiento circular. La astronomía y la dinámica modernas no podrían haber progresado sin este uso acientífico de ideas antediluvianas.

Mientras que la astronomía se benefició del pitagorismo y del

³⁷ En Hesíodo, que preservó etapas anteriores del pensamiento, las leyes *empiezan a existir* (la autoridad de Zeus) y son el resultado de un *equilibrio de fuerzas contrapuestas* (los titanes encadenados). Son el producto de un equilibrio dinámico. En el siglo XIX las leyes eran consideradas eternas y absolutas, esto es, no como el resultado de un equilibrio de fuerzas que se limitan entre sí. La cosmología de Hesíodo está muy por delante de la ciencia del siglo XIX.

³⁸ *Dialogue concerning the two chief world systems*, trad. por Drake, Berkeley y Los Angeles, 1954, p. 328 [*Diálogo sobre los sistemas máximos*, Buenos Aires, Aguilar, S. A. de Ediciones, 1975...]. Para mayores detalles, véanse los capítulos de *TCM* dedicados a Galileo.

amor platónico por los círculos, la medicina sacó partido del herbarismo, la psicología, la metafísica y la fisiología de brujas, comadronas, magos y boticarios ambulantes. Es bien sabido que la ciencia médica de los siglos XVI y XVII, aunque hipertrofica desde el punto de vista teórico, era un tanto impotente frente a la enfermedad (y siguió siéndolo aún mucho tiempo después de la «revolución científica»). Innovadores como Paracelso volvieron a las ideas anteriores e hicieron que la medicina progresase. Por doquier vemos cómo la ciencia resulta enriquecida por métodos y resultados acientíficos, mientras que silenciosamente quedan en suspenso o son abandonados procedimientos que a menudo se han considerado partes esenciales de la misma.

10. LA CIENCIA ES UNA IDEOLOGIA MAS
Y DEBE SER SEPARADA DEL ESTADO DE LA MISMA
FORMA QUE LA RELIGION ESTA YA SEPARADA DE ESTE

Comencé diciendo que una sociedad libre es una sociedad en la que todas las tradiciones tienen los mismos derechos y la misma posibilidad de acceso a los centros de poder.

Esto nos enfrentaba a la objeción de que sólo es posible garantizar la igualdad de derechos si la estructura básica de la sociedad es «objetiva» y no está sometida a presiones indebidas por parte de cualquier otra tradición. Por lo tanto, el racionalismo tendrá más importancia que las restantes tradiciones.

Pero si el racionalismo y los puntos de vista concomitantes aún no existen o carecen de poder, no podrán ejercer el influjo previsto sobre la sociedad. No obstante, en tales circunstancias la vida no es un caos. Hay guerras, lucha por el poder y discusiones abiertas entre las distintas culturas. Por lo tanto, la tradición de la objetividad se puede introducir de múltiples formas. Supongamos que se introduce mediante una discusión abierta; entonces, ¿por qué habríamos de modificar en este punto la forma de la discusión? Los intelectuales dicen que a causa de la «objetividad» de su proceder (penosa falta de perspectiva, como hemos visto). No hay razón alguna para aferrarse a la razón aun si se ha llegado a ella por medio de una discusión abierta. Todavía hay menos razones para aferrarse a ella si ha sido impuesta por la fuerza. La objeción queda así descartada.

La segunda objeción es que, por más que puedan reclamar igual-

dad de *derechos*, las distintas tradiciones no producen los mismos *resultados*. Una discusión abierta puede ponerlo de relieve. El corolario es que la excelencia de la ciencia quedó establecida hace mucho tiempo; así pues, ¿por qué tanto revuelo?

Hay dos respuestas a esta objeción. Primera, que la excelencia relativa de la ciencia está muy lejos de haber quedado establecida. Hay naturalmente muchos *rumores* en ese sentido, pero los *argumentos* propuestos se disipan en cuanto se les analiza con mayor detenimiento. La ciencia no es superior en virtud de su método, puesto que no hay ningún método, y tampoco lo es en virtud de sus resultados: sabemos lo que la ciencia *hace*, pero no tenemos ni la menor idea de si otras tradiciones podrían hacerlo *mucho mejor*. Por lo tanto, debemos averiguarlo.

Para ello hemos de dejar que todas las tradiciones se desarrollen juntas libremente, tal y como por lo demás exige la condición fundamental de una sociedad libre. Es muy posible que una discusión abierta sobre este desarrollo revele que algunas tradiciones tienen menos que ofrecer que otras. Esto no significa que hayan de ser abolidas (pervivirán con todos sus derechos mientras haya alguien interesado por ellas); únicamente significa que por el momento sus efectos (materiales, intelectuales, emocionales, etc.) desempeñan un papel relativamente pequeño. Pero lo que una vez gusta no tiene por qué gustar siempre y lo que en cierto momento ampara a las tradiciones no tiene por qué ampararles en otras. La discusión abierta, y con ella el examen de las tradiciones favorecidas, tendrá que continuar: la sociedad no se identifica nunca con una determinada tradición; el Estado y las tradiciones se mantienen siempre separados.

La separación del Estado y de la ciencia (racionalismo) —parte esencial de esta separación genérica entre el Estado y las tradiciones— no puede ni debe introducirse por medio de un único acto político: son muchos los que aún no han alcanzado la madurez necesaria para vivir en una sociedad libre (esto se aplica sobre todo a los científicos y a otros racionalistas). Los miembros de una sociedad libre deben tomar decisiones sobre cuestiones de carácter básico, deben saber cómo reunir la información necesaria, deben comprender los objetivos de tradiciones distintas de la suya y el papel que desempeñan en la vida de sus miembros. La madurez a la que me estoy refiriendo no es una virtud intelectual, sino una sensibilidad que únicamente puede adquirirse por medio de asiduos contactos con puntos de vista diferentes. No puede ser enseñada en las escuelas y es inútil

esperar que los «estudios sociales» creen la sabiduría que necesitamos. Pero puede adquirirse a través de la participación en las iniciativas ciudadanas. Por esta razón, el *lento* progreso y la *lenta* erosión de la autoridad de la ciencia y de otras instituciones igualmente pujantes que se producen como resultado de estas iniciativas son preferibles a medidas más radicales: las iniciativas ciudadanas son la mejor y la única escuela que por ahora tienen los ciudadanos libres.

11. ORIGEN DE LAS IDEAS DE ESTE ENSAYO

El problema del conocimiento y de la educación en una sociedad libre me preocupó por primera vez en 1946 mientras disfrutaba de una beca estatal en el Weimar Institut zur Methodologischen Erneuerung des Deutschen Theaters, que no era sino una continuación del Deutsches Theater Moskau que dirigiera Maxim Vallentin. El personal y los estudiantes del Institut visitábamos periódicamente los teatros de la Alemania Oriental. Un tren especial nos trasladaba de una ciudad a otra. Llegábamos, comíamos, hablábamos con los actores y asistíamos a la representación de dos o tres obras. Después de cada representación se pedía al público que se mantuviera en su localidad y comenzábamos a discutir en torno a lo que acabábamos de ver. Había clásicos, pero también obras modernas en las que se trataba de analizar acontecimientos recientes. Casi siempre se refería a la labor de la resistencia en la Alemania nazi y no se diferenciaban en absoluto de las obras nazis que anteriormente ensalzaran la actividad subterránea de los nazis en los países democráticos. En ambos casos había proclamas ideológicas, explosiones de sinceridad y peligrosas situaciones en la tradición de policías y ladrones. Esto me dejaba perplejo y así lo dije en los debates: ¿cómo ha de estar estructurada una obra para que uno pueda saber que presenta el «lado bueno»? ¿Qué hay que añadir a la acción para lograr que la lucha del combatiente de la resistencia parezca moralmente superior a la de un nazi clandestino en Austria antes de 1938? No basta con darle las «consignas adecuadas», puesto que entonces damos por descontada su superioridad y no mostramos en qué consiste. Tampoco puede ser su nobleza, su «humanidad», la marca distintiva; entre los seguidores de cualquier movimiento hay siempre canallas y personas dignas. Un dramaturgo puede naturalmente decidir que la complejidad es un lujo en las batallas morales y ofrecer una visión

en blanco y negro. Puede llevar a sus seguidores a la victoria, pero a costa de convertirles en bárbaros. ¿Cuál es, pues, la solución? En aquel momento yo opté por Eisenstein y la inflexible propaganda de la «causa justa». No sé si ello se debió a una convicción profunda, a que me dejé llevar por los acontecimientos o a la magnificencia del arte eisensteiniano. Hoy diría que la elección se debe dejar al público. El dramaturgo presenta unos personajes y cuenta una historia. Si sus simpatías se inclinan hacia algún lado, debería serlo hacia sus villanos, puesto que las circunstancias y las penalidades desempeñan en la creación del mal y de las malas intenciones un papel tan importante como las intenciones mismas, tendiéndose por lo general a resaltar estas últimas. El dramaturgo (y su colega, el profesor) no debe tratar de anticiparse a la decisión del público (de sus alumnos) o sustituirla por su propia decisión si es que éste no es capaz de tomar una resolución. *En ninguna circunstancia deberá tratar de ser una «fuerza moral»*. Una fuerza moral, ya apunte al bien o al mal, convierte a la gente en esclava y la esclavitud —aun la esclavitud al servicio del Bien o del propio Dios— es la más abyecta de las condiciones. Así es como veo hoy las cosas. No obstante, me llevó mucho tiempo llegar a este punto de vista.

Después de un año en Weimar quise complementar el arte y el teatro con las ciencias y las humanidades. Dejé Weimar y comencé a estudiar (historia, ciencias auxiliares) en el famoso Institut für Osterreichische Geschichtsforschung, dependiente de la Universidad de Viena. Más tarde estudié física y astronomía, de manera que finalmente volví a la disciplina que había decidido seguir antes del paréntesis de la segunda guerra mundial.

Se dieron las siguientes «influencias»:

1) El *Círculo de Kraft*. Muchos de nosotros, estudiantes de ciencias e ingeniería, estábamos interesados por los fundamentos de la ciencia y por problemas filosóficos más amplios. Asistíamos a conferencias de filosofía que nos aburrían y no tardamos en ser expulsados por hacer preguntas y comentarios sarcásticos. Todavía recuerdo al profesor Heintel aconsejándome con los brazos en alto: «*Herr Feyerabend, entweder sie halten das Maul, oder sie verlassen den Vorlesungsaal*»*. No desistimos y fundamos nuestro propio círculo de filosofía. Victor Kraft, uno de mis profesores, se convirtió

* «Señor Feyerabend, o se calla o se va de la sala». (N. del T.)

en nuestro presidente. Casi todos los miembros del círculo eran estudiantes³⁹, pero también recibimos las visitas de profesores y de dignatarios extranjeros. Juhos, Heintel, Hollitscher, Von Wright, Anscombe y Wittgenstein asistieron a nuestras reuniones y dialogaron con nosotros. Wittgenstein —que tardó mucho en decidirse y, cuando lo hizo, se presentó con más de una hora de retraso— tuvo una briosa intervención y pareció preferir nuestra irrespetuosa actitud a la adulatora admiración de que era objeto por doquier. Nuestras discusiones se iniciaron en 1949 y llegaron, con interrupciones, hasta 1952 (ó 1953). La mayor parte de mi tesis se presentó y analizó en las reuniones y muchos de mis primeros artículos son el resultado directo de aquellos debates.

2) El *Círculo de Kraft* formaba parte de una organización que se llamaba *Osterreichischen College*. El College había sido fundado en 1945 por resistentes austríacos⁴⁰ con el propósito de crear un foro para el intercambio de estudiantes y de ideas, con lo que se prepararía la unificación política de Europa. Durante el curso académico funcionaban seminarios como el *Círculo de Kraft* y durante el verano se organizaban reuniones internacionales, las cuales se celebraban (y todavía se celebran) en la pequeña localidad tirolesa de Alpbach. Allí conocí a destacados intelectuales, artistas y políticos, y debo mi propia carrera académica a la amistosa ayuda de algunos de ellos. También comencé a sospechar que lo que realmente cuenta en una discusión pública no son tanto los argumentos como ciertas formas de presentar esos mismos argumentos. Para contrastar esta sospecha intervine en las discusiones defendiendo con gran seguridad puntos de vista absurdos. Estaba muerto de miedo —después de todo, yo no era más que un estudiante rodeado de peces gordos—, pero, habiendo asistido a una escuela de arte dramático, defendí la causa a mi entera satisfacción. Las dificultades de la racionalidad científica me fueron reveladas con toda claridad por

³⁹ Muchos de ellos son ahora científicos o ingenieros. Johnny Sogon es profesor de matemáticas en la Universidad de Illinois; Henrich Eichorn (que fue uno de los firmantes de la encíclica anti-astrológica mencionada más arriba), director del observatorio de New Haven; Goldberger de Buda, consejero de empresas de electrónica; Erich Jantsch, que conoció a los miembros de nuestro círculo en el observatorio astronómico, se ha convertido en un *guru* de los científicos disidentes o seudodisidentes que tratan de utilizar las viejas tradiciones con nuevos propósitos.

⁴⁰ Otto Molden, hermano de Fritz Molden (de la editorial Molden), fue durante muchos años el dinámico dirigente y organizador.

3) *Felix Ehrenhaft*, que llegó a Viena en 1947. Nosotros —los estudiantes de física, matemáticas y astronomía— habíamos oído hablar mucho de él. Sabíamos que era un excelente experimentador y que sus clases eran grandes representaciones que sus ayudantes tenían que preparar con horas de anticipación. Sabíamos que había enseñado física teórica, lo que —entonces como ahora— era algo excepcional en un experimentalista. También nos habían llegado persistentes rumores que le denunciaban como un charlatán. Considerándonos defensores de la pureza de la física, estábamos ansiosos por poderle poner públicamente en evidencia. En cualquier caso, había despertado nuestra curiosidad y no quedaríamos decepcionados.

Ehrenhaft era un hombre portentoso, rebosante de vitalidad y de ideas originales. Sus clases resistían favorablemente (o desfavorablemente, según el punto de vista) la comparación con las más refinadas intervenciones de sus colegas. «¿Es usted mudo? ¿Es usted tonto? ¿De verdad está de acuerdo con todo lo que digo?», gritaba a cuantos habían intentado ponerle en evidencia y debían sentarse sumidos en un callado asombro por el espectáculo. Sus preguntas estaban más que justificadas, puesto que tenía que aguantar a muchos zoquetes. La relatividad y la teoría cuántica se rechazaron inmediatamente y con la mayor naturalidad como especulaciones ociosas. A este respecto la actitud de Ehrenhaft era muy parecida a la de Stark y Lenard, a quienes mencionó más de una vez con aprobación. Pero fue más lejos que ellos y criticó también los fundamentos de la física clásica. Lo primero que había que quitar de en medio era la ley de la inercia: se partía del supuesto de que los objetos no sometidos a ninguna perturbación, en lugar de seguir una línea recta, se movían helicoidalmente. A ello siguió un incesante ataque a los principios de la teoría electromagnética y sobre todo a la ecuación $\text{div } B = 0$. Luego se demostraron nuevas y sorprendentes propiedades de la luz, y así sucesivamente. Cada demostración iba acompañada de algunos comentarios discretamente irónicos sobre la «física académica» y los «teóricos» que construían castillos en el aire sin tomar en consideración los experimentos que Ehrenhaft había diseñado y continuaba diseñando en todos los campos, experimentos que habían producido una plétora de resultados inexplicables.

Pronto tuvimos ocasión de ver cuál era la actitud de los físicos ortodoxos. En 1949 Ehrenhaft acudió a Alpbach. Ese año Popper dirigía un seminario de filosofía; Rosenfeld y M. H. L. Pryce enseñaban física y filosofía de la ciencia (básicamente a partir de los recién

aparecidos comentarios de Bohr sobre Einstein); Max Hartmann, biología; Duncan Sandys hablaba de los problemas de la política inglesa; Hayek, de economía; etc. También estaba allí Hans Thirring, el más veterano físico teórico de Viena, quien constantemente trataba de inculcarnos la idea de que había cosas más importantes que la ciencia y que había enseñado física teórica a Feigl, Popper y a mí mismo. Su hijo, Walter Thirring —en la actualidad profesor de física teórica en Viena—, también estaba presente. Un público muy distinguido y muy crítico.

Ehrenhaft vino bien preparado. Montó algunos de sus sencillos experimentos en una de las casas de campo de Alpbach e invitó a todos cuantos pudo reclutar a que echasen un vistazo. Todas las tardes, de dos a tres, los participantes se acercaban asombrados y se marchaban (si eran físicos teóricos) como si hubieran visto algo obsceno. Además de estos preparativos físicos, Ehrenhaft llevó también a cabo —como era habitual en él— un hermoso número publicitario. El día antes de su intervención asistió a una conferencia bastante técnica de Von Hayek acerca del «orden sensorial» (una versión ampliada de ésta se ha publicado en forma de libro). En el coloquio se levantó, con cara de aturdimiento y respeto, y dijo con la más inocente de las voces: «Querido profesor Hayek: ha sido una charla maravillosa, admirable y sumamente documentada. No he entendido ni una sola palabra...» Al día siguiente su conferencia estaba a rebosar de público.

En esta conferencia Ehrenhaft hizo una breve exposición de sus descubrimientos y añadió algunas observaciones generales sobre el estado de la física. «Ahora, caballeros» —concluyó triunfante, volviéndose hacia Rosenfeld y Pryce, que estaban sentados en la primera fila—, «¿tienen algo que decir?» Y él mismo se apresuró a responder: «No tienen nada que decir con todas sus bonitas teorías. *Sitzen müssen sie bleiben! Still müssen sie sein!*» *

Como era de esperar, el debate fue bastante turbulento y se prolongó durante varios días, en los que Thirring y Popper se pusieron del lado de Ehrenhaft contra Rosenfeld y Pryce. Al enfrentarse con los experimentos, estos últimos actuaron casi de la misma forma como debieron de actuar los adversarios de Galileo al enfrentarse con el telescopio. Alegaron que no se podía extraer ninguna conclusión de fenómenos complejos y que era necesario proceder a un

* ¡Sigán sentados y quédense callados! (N. del T.)

análisis detallado. En una palabra, los fenómenos eran un *Dreckeffect* (palabra que se escuchaba con bastante frecuencia en las argumentaciones). ¿Cuál fue nuestra actitud ante esta conmoción?

Ninguno de nosotros estaba dispuesto a abandonar la teoría o negar su excelencia. Fundamos un Club para la Salvación de la Física Teórica y empezamos a discutir sencillos experimentos. Resultó que la relación entre la teoría y el experimento era mucho más compleja que lo que los libros de texto e incluso los trabajos especializados dan a entender. Hay unos pocos casos paradigmáticos en los que la teoría puede aplicarse sin mayores modificaciones, pero en el resto es preciso recurrir a aproximaciones y supuestos auxiliares que a veces son bastante dudosos⁴¹. Me parece muy interesante recordar el escaso efecto que todo esto tuvo en nosotros durante aquella época. Continuamos prefiriendo las abstracciones, como si las dificultades con las que tropezábamos no fuesen una expresión de la naturaleza de las cosas y, por el contrario, se las pudiese eliminar mediante algún ingenioso procedimiento que aún estaba por descubrir. Sólo mucho más tarde caló en nosotros la lección de Ehrenhaft y nuestra actitud en aquel momento —así como de toda la profesión— me proporcionaría entonces una excelente ilustración de la naturaleza de la racionalidad científica.

4) *Philipp Frank* llegó a Alpbach unos años después de Ehrenhaft. Frank socavó las ideas al uso sobre la racionalidad de forma distinta, mostrando cómo los argumentos anticopernicanos tenían perfecto sentido y estaban de acuerdo con la experiencia, mientras que los procedimientos de Galileo resultaban «acientíficos» si se les contempla desde un punto de vista moderno. Sus observaciones me fascinaron y procedí a examinar la cuestión con más detenimiento. Los capítulos 8-11 de *TCM* son un tardío resultado de este estudio (soy lento trabajando). La obra de Frank ha sido tratada bastante injustamente por filósofos como Putnam, que prefieren modelos simplistas al análisis de los complejos hechos históricos. Sus ideas son ahora un lugar común, pero fue él quien las avanzó cuando casi todos pensaban de otra forma.

5) En Viena conocí a algunos de los más destacados intelectuales marxistas. Este fue el resultado del hábil trabajo de propaganda llevado a cabo por los estudiantes marxistas. Acudían —como nosotros— a todos los debates de interés, ya versasen sobre la ciencia,

⁴¹ Sobre las aproximaciones *ad hoc*, véase *TCM*, p. 47.

la religión, la política, el teatro o el amor libre. Nos hablaban de quienes se servían de la ciencia para ridiculizar a los demás —cosa que por aquel entonces era mi ocupación favorita— y nos invitaron a sus propios debates, presentándonos a pensadores marxistas de todos los campos. Llegué a conocer a Berthold Viertel, director del Burgtheater; a Hans Eisler, compositor y teórico musical, y a *Walter Hollitscher*, que se convirtió en mi profesor y luego en uno de mis mejores amigos. Cuando se iniciaron mis discusiones con Hollitscher yo era un furibundo positivista que estaba a favor del empleo de reglas rigurosas en la investigación y que no tenía más que una sonrisa compasiva para los tres principios fundamentales de la dialéctica, los cuales conocía por el pequeño planfleto de Stalin sobre el materialismo dialéctico e histórico. Yo estaba interesado por el realismo y había tratado de leer cuantos libros sobre el tema me fuera posible (incluyendo el excelente *Realisierung* de Külpe y, por descontado, *Materialismo y empiriocriticismo*), pero descubrí que los argumentos en favor del realismo sólo funcionan cuando previamente se ha introducido ya dicho supuesto. Külpe, por ejemplo, subrayaba la distinción entre la impresión y la cosa a la que ésta se refiere. La distinción nos conduce al realismo sólo en el caso de que caracterice rasgos que se dan efectivamente en el mundo, que es lo que está en tela de juicio. Tampoco me convencía la idea de que la ciencia es una empresa esencialmente realista. ¿Por qué se ha de adoptar la ciencia como autoridad? ¿No había interpretaciones positivistas de la ciencia? Las llamadas «paradojas» del positivismo —que Lenin expusiera con tan consumada destreza— no lograron sin embargo impresionarme en absoluto. Surgían únicamente cuando se combinaban el modo de hablar positivista y el modo de hablar realista y se hacía patente su diferencia. No demostraban la superioridad del realismo, aunque ésta fuera la impresión producida por el hecho de que el realismo acompañara al lenguaje cotidiano.

Hollitscher nunca presentó un argumento que llevara, paso a paso, del positivismo al realismo y habría considerado tal intento como una locura filosófica. Lo que hizo más bien fue desarrollar la propia postura realista, ilustrarla con ejemplos de la ciencia y del sentido común, mostrar su estrecha conexión con la investigación científica y la práctica cotidiana, evidenciando de este modo su fuerza. Claro que siempre era posible convertir un proceder realista en uno positivista mediante una inteligente utilización de las hipó-

tesis *ad hoc* y de los cambios de significado *ad hoc*, cosa que yo hice con frecuencia y sin vergüenza alguna (en el Círculo de Kraft habíamos erigido tales evasiones en una de las bellas artes). Hollitscher no planteaba cuestiones semánticas o metodológicas, tal y como podría haber hecho un racionalista crítico, sino que siguió discutiendo casos concretos hasta el punto de lograr que me sintiera bastante ridículo con mis objeciones abstractas. Entonces me di cuenta de la íntima conexión entre el realismo y los hechos, procedimientos y principios que yo apreciaba y de cómo aquél *había contribuido a producirlos* en tanto que el positivismo se limitaba a *describir* los resultados de forma un tanto complicada una vez que habían sido ya alcanzados: el realismo tenía sus frutos; el positivismo, no. Al menos esto es lo que diría hoy, mucho tiempo *después* de mi conversión al realismo. Por aquel entonces me hice realista no porque me convenciera ningún argumento concreto, sino porque la suma total del realismo, los argumentos en su favor y la facilidad con que se podía aplicar a la ciencia y a otras muchas cosas que intuía aunque no podía señalar ⁴² acabó *pareciéndome mejor* que la suma total del positivismo, los argumentos que en favor suyo pudieran darse, etc., etcétera. La comparación y la decisión final tuvieron mucho en común con la comparación de la vida en distintos países (clima, carácter de la gente, cadencia del lenguaje, comidas, legislación, instituciones, etc.) y la decisión final de empezar a trabajar y establecerse en uno de ellos. Este tipo de experiencias ha desempeñado un papel decisivo en mi actitud frente al racionalismo.

Si bien es cierto que acepté el realismo, no sucedió así con el materialismo dialéctico e histórico: mi predilección por los argumentos abstractos (otro resabio positivista) era aún demasiado fuerte como para permitírmelo. Hoy en día las reglas de Stalin me parecen

⁴² Recuerdo que la respuesta de Reichenbach a la versión de la teoría de la relatividad de Dingler desempeñó un importante papel: Dingler extrapolaba a partir de lo que podía adquirirse por medio de sencillas operaciones mecánicas (fabricación de una superficie euclidiana plana, por ejemplo), mientras que Reichenbach insistía en que la estructura real del mundo modificaría a la larga los resultados de estas operaciones. No deja de ser verdad que la versión de Reichenbach puede interpretarse como una máquina predictiva más eficaz y que pudo haberme impresionado sólo porque no caí en esa interpretación. Eso demuestra hasta qué punto la fuerza de los argumentos depende de cambios de actitud irracionales.

preferibles con mucho a los complicados criterios llenos de epiciclos que manejan nuestros modernos amigos de la razón.

Desde el comienzo mismo de nuestras discusiones, Hollitscher dejó bien claro que él era comunista y que trataría de convencerme de las ventajas intelectuales y sociales del materialismo dialéctico e histórico. No hubo nada de esa forma de hablar excesivamente circunspecta («Puede que esté equivocado y usted tenga razón, pero juntos encontraremos la verdad») con que los racionalistas «críticos» adornan sus tentativas de adoctrinamiento y que olvidan en el momento mismo en que su postura se ve seriamente amenazada. Tampoco jugó sucio Hollitscher con presiones emocionales o intelectuales. Naturalmente criticó mi actitud y todavía lo hace, pero nuestras relaciones personales no se vieron afectadas por mis reticencias a seguirle de cabo a rabo. Por eso Hollitscher es un profesor mientras que Popper, a quien también llegué a conocer bien, es un mero propagandista.

En un determinado momento de nuestra relación, Hollitscher me preguntó si me gustaría ser ayudante de producción de Brecht (al parecer había un puesto libre y yo podía aspirar a él). No acepté y creo que ese fue uno de los más grandes errores de mi vida. Enriquecer y cambiar el conocimiento, las emociones y las actitudes a través del arte me parece ahora una empresa mucho más productiva y también mucho más humana que el intento de influir sobre las mentes (y nada más) mediante las palabras (y nada más). Si hasta el momento no se ha desarrollado más que un 10 por 100 de mis dotes, ello se debe a una decisión equivocada a los veinticinco años.

6) Durante una conferencia (sobre Descartes) que pronuncié en el Osterreichischer College conocí a *Elizabeth Anscombe*, una impresionante y —para algunos— temible pensadora británica que había acudido a Viena para aprender alemán y así poder traducir las obras de Wittgenstein. Me pasó los manuscritos de los últimos escritos de éste y los discutí conmigo. Las discusiones duraron meses y a veces tenían lugar desde por la mañana hasta altas horas de la noche. Ejercieron en mí una profunda influencia, aunque no me resulta fácil especificar detalles. Recuerdo vivamente cómo en una ocasión Anscombe me hizo ver, por medio de una serie de inteligentes preguntas, que nuestros conceptos (e incluso nuestras percepciones) de hechos bien definidos y aparentemente independientes dependen de circunstancias que no se reflejan en ellos. Hay realidades —como los objetos físicos— que obedecen a un «principio de con-

servación» en el sentido de que conservan su identidad bajo múltiples manifestaciones e incluso sin estar en absoluto presentes, mientras que otras realidades —como los dolores y los recuerdos— son «aniquilados» cuando desaparecen. Los principios de conservación pueden variar de una etapa a otra del desarrollo del organismo humano y pueden ser diferentes para distintos lenguajes (véase la descripción de las «clasificaciones ocultas» de Worff en el capítulo 17 de TCM). Supuse que tales principios desempeñan un papel importante en la ciencia, que pueden sufrir modificaciones durante las revoluciones y que a resultas de ello podrían verse rotas las relaciones deductivas entre las teorías prerrevolucionarias y posrevolucionarias. Expuse esta primera versión de la inconmensurabilidad en el seminario de Popper (1952) y a un pequeño grupo de personas en la casa de Anscombe en Oxford (también en 1952, con la presencia de Geach, Von Wright y L. L. Hart), pero no logré despertar demasiado entusiasmo⁴⁴. La insistencia de Wittgenstein en la necesidad de emprender investigaciones concretas y sus objeciones al razonamiento abstracto («¡No piense, mire!») chocaban de algún modo con mis propias inclinaciones y todos aquellos artículos en los que su influencia es visible, son, pues, una mezcla de ejemplos concretos y principios abstractos⁴⁵. Wittgenstein estaba dispuesto a admitirme como alumno en Cambridge, pero murió antes de que yo llegara a Inglaterra. Fue Popper quien en su lugar se convirtió en mi supervisor.

7) Yo había conocido a Popper en Alpbach en el año 1948. Admiraba la libertad con que se comportaba, su descaro, su actitud irrespetuosa hacia los filósofos alemanes que concedían importancia —en más de un sentido— a las discusiones, su sentido del humor (sí, el relativamente desconocido Karl Popper de 1948 era muy distinto al reputado Sir Karl de años después), así como su habilidad para exponer en un lenguaje sencillo y periodístico los problemas más profundos. Era un espíritu libre, siempre presto a exponer sus ideas sin preocuparse por la reacción de los «profesionales». Por lo que respecta a las ideas mismas, las cosas eran diferentes. Los miem-

⁴³ Véase TCM, pp. 218 ss.

⁴⁴ Para mayores detalles, véase la sección 7 de la primera parte de esta obra.

⁴⁵ Véanse a este respecto mis comentarios sobre estos artículos en *Der Wissenschaftstheoretische Realismus und die Autorität der Wissenschaften*, Wiesbaden, 1978.

bros de nuestro Círculo conocían el deductivismo gracias a Kraft, que lo había desarrollado antes que Popper⁴⁶, en tanto que el falsacionismo era algo que se daba por sentado en el seminario de física del congreso que presidiera Arthur March, de modo que no comprendíamos qué era lo que producía tanto revuelo. «La filosofía debe estar en una situación desesperada», decíamos, «si trivialidades como éstas se toman por grandes descubrimientos». En aquella época ni siquiera Popper parecía creer demasiado en su filosofía de la ciencia, puesto que cuando le pedimos que nos enviara una lista de sus publicaciones incluyó en ella *La sociedad abierta y sus enemigos* pero no así *La lógica de la investigación científica*.

En Londres leí pormenorizadamente las *Philosophical Investigations* de Wittgenstein. Llevado por una inclinación un tanto pedante, reescribí el libro para que se pareciera más a un tratado con una línea continua de argumentación. Anscombe tradujo al inglés parte de este tratado y se publicó como reseña en 1955 en la *Philosophical Review*. También frecuenté el seminario de Popper en la London School of Economics. Las ideas de Popper eran similares a las de Wittgenstein, pero más abstractas y anémicas. Lejos de desalentarme, esto acentuó mi propia tendencia a la abstracción y al dogmatismo. Al término de mi estancia en Londres, Popper me propuso ser su ayudante. Rehusé a pesar de que estaba sin blanca y no sabía cómo iba a arreglármelas para seguir comiendo. Mi decisión no se basó en ningún razonamiento claramente reconocible; más bien creo que, no estando ligado a una filosofía determinada, preferí dar traspés en el mundo de las ideas por mi propia cuenta antes que dejarme guiar por el ritual de una «discusión racional». Dos años después Popper, Schrödinger y mi propia charlatanería me proporcionaron un trabajo en Bristol, donde comencé a dar clases de filosofía de la ciencia.

8) Había estudiado teatro, historia, matemáticas, física y astronomía, pero nunca filosofía. La perspectiva de tener que dirigirme a un nutrido auditorio de jóvenes impacientes no me hacía precisamente feliz. Una semana antes de que empezaran las clases me senté y escribí en un papel todo lo que sabía. A duras penas llené una

⁴⁶ Véase mi reseña de *Erkenntnislehre* de Kraft en el *British Journal for the Philosophy of Science*, vol. 13, 1963, pp. 319 ss., y muy especialmente el segundo párrafo de la p. 321. Véanse asimismo las referencias que hace Popper en *La lógica de la investigación científica*.

página. Entonces apareció Agassi con un excelente consejo: «Mira, Paul», me dijo, «la primera línea es tu primera clase; la segunda línea, tu segunda clase; y así sucesivamente». Me tomé en serio su consejo y me fue bastante bien salvo por el hecho de que mis clases se convirtieron en una rancia colección de agudezas de Wittgenstein, Bohr, Popper, Dingler, Eddington y otros. En Bristol seguí estudiando teoría cuántica. Descubrí que había importantes principios físicos que descansaban sobre supuestos metodológicos que eran violados siempre que la física progresaba: la física debe su autoridad a las ideas que difunde, pero a las que nunca obedece en la práctica de la investigación; los metodólogos hacen las veces de agentes publicitarios contratados por los físicos para elogiar sus resultados, sin que por ello se les permita acceder a la empresa misma. Llegué a ver con toda claridad que el falsacionismo no es una solución a lo largo de mis discusiones con David Bohm, que daba un enfoque hegeliano a la relación entre las teorías, sus elementos de juicio y sus sucesoras⁴⁷. El material del capítulo 3 de *TCM* es el resultado de estas discusiones (lo publiqué por primera vez en 1961)⁴⁸. Las observaciones de Kuhn sobre la omnipresencia de las anomalías se ajustaban bastante bien a estas dificultades⁴⁹, pero aun así traté de hallar reglas generales que pudiesen aplicarse en todos los casos⁵⁰ e incluso a desarrollos no científicos⁵¹. Dos acontecimientos hicieron

⁴⁷ He expuesto el hegelianismo de Bohr en mi ensayo «Against method», aparecido en el volumen *IV de los Minnesota studies for the philosophy of science*, 1970 [*Contra el método*, Barcelona, Ariel, 1974].

⁴⁸ Popper señaló en una ocasión (durante un debate en el Minnesota Center for the Philosophy of Science en el año 1962) que el ejemplo del movimiento browniano no es más que una versión del ejemplo de Duhem (conflicto entre leyes específicas como las de Kepler y teorías generales como la de Newton). Pero hay una diferencia tremendamente importante. Las divergencias con respecto a las leyes de Kepler son en principio observables («en principio» quiere decir «dadas las leyes conocidas de la naturaleza»), mientras que no sucede así con las divergencias microscópicas con respecto a la segunda ley de la termodinámica (los instrumentos de medición están sometidos a las mismas fluctuaciones que las cosas que han de medir). *Nada podemos hacer sin una teoría alternativa.*

⁴⁹ Leí el libro de Kuhn en 1960 —todavía en forma de manuscrito— y lo discutí ampliamente con él.

⁵⁰ Véase la exposición en «Reply to criticism», *Boston studies*, vol. II, 1965.

⁵¹ Véase «On the improvement of the sciences and the arts and the possible identity of the two», *Boston Studies*, vol. III, 1967 [Hay edición castellana

que me diera cuenta de lo inútil de tales intentos: uno de ellos fue una discusión con el profesor C. F. von Weizsäcker en Hamburgo (1965) acerca de los fundamentos de la teoría cuántica. Von Weizsäcker mostró cómo surgió la mecánica cuántica de la investigación concreta mientras yo me quejaba, con argumentos generales de carácter metodológico, de que se hubieran omitido importantes alternativas. Los argumentos que daban pie a mi queja eran bastante buenos (son los argumentos recogidos en el capítulo 3 de *TCM*), pero de pronto vi con toda claridad que al imponerlos sin atender a las circunstancias eran más un obstáculo que una ayuda: todo aquél que trate de resolver un problema —en la ciencia como en cualquier otra parte— *debe gozar de una absoluta libertad* y no puede estar constreñido por ninguna norma o requisito, por convincentes que éstos puedan parecer al lógico o al filósofo que los ha diseñado en la soledad de su despacho. Las normas y los requisitos deben contrastarse por medio de la investigación y no recurriendo a las teorías de la racionalidad. En un largo artículo⁵² expliqué cómo había utilizado Bohr esta filosofía y en qué se diferencia de procedimientos más abstractos. Por consiguiente, el profesor Von Weizsäcker es el máximo responsable de mi conversión al «anarquismo», aunque no le hizo ninguna gracia cuando se lo dije en 1977.

9) El segundo de los acontecimientos que me incitó a abandonar el racionalismo y a sospechar de todos los intelectuales fue bastante distinto. Permítaseme, antes de exponerlo, comenzar con algunas observaciones más generales. La forma como se «resuelven» en nuestras sociedades los problemas sociales, los problemas de distribución de la energía, ecológicos, educativos, el cuidado de los ancianos, etc., puede describirse más o menos así. Surge un problema. No se hace nada. La gente empieza a interesarse. Los políticos fomentan este interés. Se requiere el concurso de los expertos. Estos esbozan un plan o una serie de planes. Los grupos de poder, que cuentan con sus propios expertos, efectúan diversas modificaciones hasta que se acepta y pone en práctica una versión aguada. El papel de los expertos ha cobrado cada vez más importancia a lo largo de este proceso. Los intelectuales han bosquejado teorías acerca de la aplicación de la ciencia a los problemas sociales. Para «inspirarse»,

na en el volumen colectivo *Filosofía de la ciencia y religión*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1976].

⁵² «On a recent critique of complementarity», *Philosophy of Science*, 1968/1969 (dos partes).

preguntan a otros intelectuales o a los políticos. Sólo en contadas ocasiones se les ocurre pensar que no es asunto suyo, *sino de aquéllos directamente implicados*, tomar una decisión al respecto. Dan sencillamente por sentado que sus ideas y las de sus colegas son las únicas importantes y que la gente debe adaptarse a ellas. ¿Qué tiene que ver conmigo todo esto?

Desde 1958 fui profesor de filosofía en la Universidad de California, Berkeley. Mi cometido consistía en poner en práctica la política educativa del Estado de California, lo cual significa que tenía que enseñar a la gente lo que un reducido grupo de intelectuales blancos había decidido que era el conocimiento. Apenas reflexioné sobre esta función y no por haber estado informado me la hubiera tomado más en serio. Conté a los estudiantes lo que había aprendido, organicé el material de la forma que me pareció mejor y más convincente, y nada más. Tenía, claro está, algunas «ideas propias», pero estas ideas se movían en un ámbito muy reducido (aunque algunos de mis amigos llegaron a decir que estaba loco).

Durante los años 1964 y siguientes, mexicanos, negros e indios entraron en la Universidad como consecuencia de una nueva política educativa. Allí se sentaban, en parte con curiosidad, en parte con desdén y en parte también aturridos, esperando recibir una «educación». ¡Qué oportunidad para un profeta en busca de adeptos! ¡Qué oportunidad, me decían mis amigos racionalistas, para contribuir a la propagación de la razón y al perfeccionamiento de la humanidad! ¡Qué maravillosa oportunidad para una nueva ilustración! Yo pensaba de forma muy distinta, puesto que empecé a comprender que los intrincados argumentos y las maravillosas historias que hasta entonces había contado a mi más o menos sofisticado auditorio no eran más que sueños, reflejos de la imaginación de un pequeño grupo que había logrado esclavizar a todos con sus ideas. ¿Quién era yo para decirles a aquéllos lo que tenían que pensar y cómo habían de hacerlo? Yo no conocía sus problemas, aunque sabía que tenían muchos. No estaba al tanto de sus intereses, sus sentimientos y sus temores, aunque sabía que estaban impacientes por aprender. ¿Eran las áridas sofisticaciones que los filósofos habían logrado acumular durante siglos y que los liberales habían arropado con palabras sensibleras para hacerlas apetitosas lo que había que ofrecer a quienes habían sido despojados de su tierra, su cultura y su dignidad, y de los que ahora se esperaba que asimilasen pacientemente —y luego repitiesen— las anémicas ideas de los portavoces

de tan humanos negreros? Ellos querían saber, querían aprender, querían comprender el extraño mundo que les rodeaba: ¿no merecían un mejor sustento? Sus antepasados habían desarrollado sus propias culturas, ricos lenguajes, armoniosas concepciones de la relación del hombre con el hombre y del hombre con la naturaleza, cuyos vestigios son una crítica viviente de las tendencias separatistas, analíticas y egoístas inherentes al pensamiento occidental. Estas culturas han hecho importantes conquistas en lo que hoy se denomina sociología, psicología o medicina, y expresan ideales de vida y la posibilidad de una existencia humana. Sin embargo, *jamás fueron examinadas con el respeto que merecían* (salvo por un pequeño número de marginales), fueron ridiculizadas y sustituidas —como algo perfectamente natural— por la religión del amor fraterno, primero, y por la religión de la ciencia, después, o incluso fueron bloqueadas por multitud de «interpretaciones» (véase *supra* sección 2). Se hablaba mucho de liberación e igualdad racial, pero ¿qué significaba eso? ¿Significaba la igualdad de estas tradiciones y las tradiciones del hombre blanco? No. Por igualdad se entendía la maravillosa posibilidad que ahora tenían los miembros de distintas razas y culturas de compartir las manías de los blancos, de participar en su ciencia, su tecnología, su medicina, su política. Estas eran las cosas que pensaba cuando miraba a mi auditorio y las que me hicieron retroceder asqueado y espantado ante la tarea que tenía que realizar. La tarea —entonces lo vi claro— era la de un negrero muy refinado y sofisticado. Y yo no quería ser un negrero.

Experiencias como ésta me convencieron de que los procedimientos intelectuales que se enfrentan a un problema con ayuda de conceptos y hacen abstracción de todo lo demás están equivocados, haciendo que me interesara por las razones del extraordinario poder que en la actualidad ejerce este error sobre las mentes. Comencé estudiando el nacimiento del intelectualismo en la antigua Grecia y las causas que dieron lugar al mismo. Quería saber por qué quienes poseen una cultura rica y compleja sucumben ante áridas abstracciones y mutilan sus tradiciones, su pensamiento y su lenguaje hasta poder dar cabida a las abstracciones. Quería saber cómo se las apañaban los intelectuales para no ser acusados de asesinato, puesto que es asesinato —asesinato de mentes y de culturas— lo que año tras año se comete en nuestras escuelas, universidades y misiones educativas en el extranjero. Creo que es preciso invertir el curso de las cosas; debemos empezar por aprender de aquéllos a quienes

hemos sojuzgado, puesto que tienen mucho que ofrecer y en cualquier caso tienen derecho a vivir como mejor les parezca, aunque no sean tan agresivos por lo que respecta a sus derechos y puntos de vista como lo han sido sus conquistadores occidentales. En 1964-1965, fecha en que por primera vez se me ocurrieron estas ideas, traté de encontrar una solución *intelectual* a mis dudas, es decir, di por supuesto que nos correspondía a *mi* y a personas como yo elaborar la política educativa para los demás. Concebí un nuevo tipo de educación que bebiese de diferentes fuentes y permitiese al individuo elegir las tradiciones más ventajosas. La tarea del profesor consistiría en facilitar la elección, no en sustituirla por alguna «verdad» de su propia cosecha. Estas fuentes, pensé, deberían tener mucho en común con un *teatro* de ideas en la línea de Piscator y Brecht y así propiciar el desarrollo de formas de representación muy diferentes. La explicación científica «objetiva» sería una de esas formas; una obra de teatro, otra (recuérdese que, para Aristóteles, la tragedia es «más filosófica» que la historia porque revela la *estructura* del proceso histórico y no sólo sus detalles accidentales); una novela, otra forma más. ¿Por qué tiene que presentarse el conocimiento bajo el ropaje de la prosa y de la argumentación académica? ¿No dijo Platón que las oraciones escritas en un libro son meros estadios transitorios de un complejo proceso de desarrollo que contiene gestos, bromas, acotaciones y emociones? ¿No trató él mismo de aprehender este proceso por medio del diálogo? ¿Y no hubo otras formas de conocimiento, algunas de las cuales eran mucho más detalladas y realistas que las derivadas del «racionalismo» de los siglos VII y VI en Grecia? Estaba también el *dadaísmo*, que yo había estudiado tras la segunda guerra mundial. Lo que me atrajo de éste fue el estilo que utilizaban sus artífices cuando no se dedicaban a las actividades propiamente dadaístas. Era claro, luminoso, sencillo sin caer en la banalidad, preciso sin ser limitado; era un estilo que se adaptaba tanto a la expresión intelectual como a la expresión de las emociones. Yo puse en relación este estilo con los propios ejercicios dadaístas. Supongan que prescindien del lenguaje y viven durante días y semanas en un mundo de sonidos cacofónicos, palabras caóticamente revueltas y sucesos carentes de sentido. Entonces, una vez hechos estos preparativos, siéntense y escriban: «el gato está encima de la alfombra». Esta sencilla oración que normalmente pronunciamos sin pensar, como máquinas parlantes (buena parte de nuestro habla es efectivamente rutinaria), parece ahora la creación de todo un mundo: Dios

dijo que se hiciera la luz y la luz se hizo. Nadie en nuestro siglo ha entendido mejor que los dadaístas el milagro del lenguaje y del pensamiento, dado que nadie ha sido capaz de imaginar y mucho menos de crear un mundo en el que no desempeñen ningún papel. Al descubrir la naturaleza de un *orden viviente*, de una razón que no es puramente mecánica, los dadaístas se dieron inmediatamente cuenta de cómo ese orden degenera en rutina. Diagnosticaron el deterioro del lenguaje que precedió a la primera guerra mundial y descubrieron la mentalidad que lo hizo posible. Tras el diagnóstico sus ejercicios adoptaron un carácter distinto, mucho más siniestro: revelaron la aterradora semejanza entre el lenguaje de los más destacados viajeros de comercio «de altura» (el lenguaje de los filósofos, los políticos y los teólogos) y los sonidos inarticulados de las bestias. Los elogios del honor, el patriotismo, la verdad, la racionalidad y la honradez que invaden nuestras escuelas, púlpitos y reuniones políticas *se convierten imperceptiblemente en sonidos inarticulados*, por más que vengan arropados por un lenguaje literario y que sus autores traten de copiar el estilo de los clásicos; a la postre los propios autores apenas si se diferencian de una piara de cerdos que gruñen. ¿Hay alguna forma de evitar este deterioro? Yo pensaba que sí. Pensaba que al considerar provisionales, limitados y *personales* todos nuestros logros y concebir la verdad como algo *creado* por nuestro amor hacia ella y no «descubierto» se podría evitar el deterioro de los antaño prometedores cuentos de hadas y pensaba también que era necesario desarrollar una nueva filosofía o una nueva religión que fundamentase esta conjetura asistemática.

Ahora me doy cuenta de que estas reflexiones no son más que otro exponente de la presunción y la locura intelectualista. Es vanidad creer que uno tiene soluciones para personas con cuyas vidas no tiene nada en común y cuyos problemas no conoce. Es una locura esperar que este ejercicio de humanismo a distancia vaya a tener efectos que satisfagan a los interesados. Desde el comienzo mismo del racionalismo occidental, los intelectuales se han considerado profesores, concibiendo el mundo como una escuela y a la «gente» como disciplinados alumnos. En Platón esto es evidente. El mismo fenómeno se da entre los cristianos, los racionalistas, los fascistas y los marxistas. Estos últimos no intentan ya aprender de aquéllos a quienes quieren liberar; se atacan entre sí por causa de interpretaciones, puntos de vista y elementos de juicio, dando por sentado que el

embrollo intelectual resultante será el alimento adecuado para los nativos (Bakunin era consciente de las tendencias doctrinarias del marxismo de su tiempo y trató de devolver todo el poder —incluido el poder sobre las ideas— a aquéllos directamente implicados). Mi punto de vista era distinto de todo esto, pero no dejaba de ser un *punto de vista*, una fantasía abstracta que yo había inventado y que pretendía vender sin haber tenido absolutamente nada que ver con las vidas de los destinatarios. Esto me parece hoy en día una presunción insoportable. Así, pues, ¿qué es lo que nos queda?

Quedan dos cosas. Podría empezar *formando parte* de alguna tradición y tratar de reformarla desde el interior. Creo que esto es importante. La época en que las Grandes Mentes en combinación con los Grandes Poderes de la Sociedad podían dirigir las vidas de los demás, aunque fuera de una forma discreta, llega poco a poco a su fin (con la excepción de Alemania). Cada vez son más las civilizaciones que entran en la escena de la política mundial, más las tradiciones recuperadas por gente que vive dentro de las sociedades occidentales. Uno puede formar parte de alguna de esas tradiciones (si ellas se lo permiten) o puede callarse, pero lo que ya no puede hacer es dirigirse a ellas como si fueran colegiales. Durante mucho tiempo he sido un miembro un tanto excéntrico de una tradición seudocientífica, de modo que puedo apoyar desde dentro aquellas orientaciones que me agraden. Esto cuadraría perfectamente con mi propensión a utilizar la *historia de las ideas* para explicar fenómenos enigmáticos y para experimentar con formas de expresión distintas de la prosa académica para presentar y/o exponer ideas. No siento demasiado entusiasmo por esta empresa, puesto que creo que campos como la filosofía de la ciencia, la física de partículas elementales, la filosofía del lenguaje ordinario o el kantismo no deben reformarse, sino que se les debe dejar morir de muerte natural (son demasiado caros y el dinero que en ellos se gasta hace mucha más falta para otras cosas). La otra posibilidad consiste en meterme a *animador*. Para mí es muy atractiva. Hacer que asome una tímida sonrisa en los rostros de quienes han sido perjudicados, defraudados, desalentados, paralizados por alguna «verdad» o por el miedo a la muerte, me parece algo infinitamente más importante que el más sublime de los descubrimientos intelectuales: Nestroy, George S. Kaufman y Aristófanes están en mi escala de valores muy por encima de Kant, Einstein y sus anémicos imitadores. Estas son las posibilidades. ¿Qué es lo que voy a hacer? El tiempo lo dirá...